

SER UN ESTUDIANTE DE FILOSOFÍA: MANTENERSE EN EL LÍMITE DE LA REPETICIÓN Y LA AGENCIA FILOSÓFICA

Eleonora Agustina Iglesias / Universidad de Buenos Aires

Quiero decir lo que pretendo de entrada y sin preámbulo, quiero decirlo descaradamente, con soltura y gracia, declararlo con una mueca tonta. Pretender sin pretensión, pretender sin subterfugio, pretender descaradamente, ¿por qué no? Ser un descarado es una manera de no mentir. Y no mentir en la escritura es, en mi opinión, un bien a cuidar y atender, una manera humilde de asumir los límites de la inteligencia propia. Por otra parte tirarse en el texto así es como tirarse a la piletta un día de verano, un día de mucho sol y calor, un día de quinta feliz con amigos, sin nada más que hacer que hacernos los “tontos”, con la insolencia de sentirnos superficialmente contentos entre nosotros. Actuando tontamente así, como yo ahora que trato de ponerme a mí misma en el texto, estirándome en cada palabra de a poco, acostada en el lecho del texto mirando las estrellas de mi pensamiento; asentada en un ánimo filosófico que antes de preguntar, escucha, mira, se adapta un poco al medio.

La condición que nos convoca: ser estudiantes de filosofía. Mi pretensión: pensar qué es eso. Qué somos y para qué estamos acá -¡preguntas filosóficas si las hay!-, que ahora nos prestan su dinamismo para pensarnos a nosotros mismos en tanto estudiantes. ¿Qué somos y para qué estamos acá?, o de manera un poco más cercana y tangible, ¿qué hacemos los estudiantes de filosofía? Bueno en principio podríamos decir que estudiamos y en segundo lugar que estudiamos filosofía, que *no* somos filósofos sino que *estudiamos* filosofía. Es importante la condición de estudiante pues, ya que es la que nos distingue y determina. En este punto podría agregarse que asimismo lo que los distingue y determina a *los profesores de filosofía* es que son “profesores” y que en su título no está el del “Filósofo”. Parece que de “Filósofo” uno no se recibe nunca pues uno se puede recibir de “Profesor de Filosofía”, “Licenciado en Filosofía” y luego “Doctor en Filosofía” pero de “Filósofo” no ¿Debemos pensar que no hay ningún filósofo?, y ¿qué es ser un filósofo?, ya vemos que, si comenzamos preguntando las preguntas parecen multiplicarse –cosa que no nos cuesta a los que nos relacionamos con la filosofía-.

Considero que sería importante saber qué es un filósofo y esto porque lo cierto es que en verdad nosotros no estudiamos “filosofía”, sino que estudiamos la filosofía de los filósofos,

estudiamos a filósofos. Y esta me parece una distinción atendible ya que pasamos de “un” objeto –la filosofía- a “muchos” sujetos –los filósofos-, pero penosamente esta reflexión debería ser objeto de otra consideración. Con respecto a nuestro asunto “pensarnos a nosotros mismos en tanto estudiantes”, ¿qué nos hace tales?, habíamos dicho que, en principio estudiar. Pensemos un poco en el carácter de la palabra. “Estudiante” morfológicamente hablando es un participio activo, a diferencia de estudiado que es pasivo y que significa “aquello que es estudiado”. La pasividad del participio pensado verbalmente apunta a un objeto, apunta a “eso” que es estudiado (por ejemplo un texto) y por su propio carácter pasivo requiere de un agente, en nuestro caso al estudiante. De este modo “estudiante” es el sujeto que realiza la acción de estudiar, y, que en el mejor de los casos puede “apropiarse” y “empuñar” lo estudiado como propio. Pensada la palabra etimológicamente podemos decir “estudiante” es “el que se esfuerza”, “el que se afana”. Hay que advertir que el participio, a pesar de ser activo proviene de una voz pasiva “afanarse” y tal vez en ella ya esté inscrita la reflexión propia de nuestra actividad. Entonces somos los que nos esforzamos y de algún modo este esforzarse, a pesar de tener su origen en un verbo pasivo, es una actividad, como dijimos. En este caso pues parece que la palabra designa una exterioridad de sí, un arrojo hacia aquello que estudiamos, aquello por lo que nos esforzamos. Con respecto a esto quiero decir primero algo: el esfuerzo semánticamente hablando no sólo denota una direccionalidad hacia aquello por lo que nos esforzamos, también señala una tensión, un “querer lograr”, un siempre querer, una designación a través del querer de un desencuentro o una insatisfacción, y también la búsqueda de llenar una carencia, aparentemente locativa. Yo estoy acá “esforzándome” por lograr lo que está en otro lado, ¡qué desdicha!, es un “esfuerzo”, una escisión entre el querer y el tener. Ya ese esfuerzo nos coloca en un mutismo de la palabra, no podemos hablar, sólo podemos esforzarnos en entender de lo que hablan. Ser un estudiante de filosofía es ser como un niño que tiene que escuchar lo que dicen los grandes y no opinar. Y, a decir verdad por lo menos yo he de reconocer que necesito que me den de comer en la boca y ¡que me hagan el avioncito y todo!, ¡nada de profesores aburridos!, ¡yo quiero divertirme en una clase tanto como en el cine! Me asumo como infante, como niña, con la corta edad de 4 años (que son los años que estoy en “la casa de estudios” de puán al 480). Puedo confesar que la infancia se observa en múltiples áreas en las que abundan el capricho y una cierta “dependencia holgazana”, por ejemplo en el material de lectura -sigo poniéndome por caso-: la lectura de autores se me da en el marco de una materia, a lo sumo me expandiré a los autores que influyen al autor que “debo” leer, pero, si ahora me sacasen de la carrera, si ya no estuviese más “en carrera”, estaría sin carril, desabarrancando

prontamente a la pereza del pensamiento y no entendería incontables filósofos interesantes por no haber completado el entrenamiento de sistematizar el pensamiento propio. Debo reconocer por tanto que necesito del andador de la academia. Tal vez eso de ser estudiante como un infante me parezca divertido de pensar. Pero bueno, lo de “no opinar” no me gusta y, por lo demás tampoco me resulta simpática la idea del “esfuerzo” permanente por comprender.

Me gustaría ahora profundizar en aquello que nos “esforzamos por comprender”. Nos esforzamos por comprender un texto. En cuanto a esto me gustaría introducir algunas consideraciones acerca del texto y de la escritura.

El texto y la escritura, el texto por leer, la espuela que fustiga el caballo perezoso de nuestra mente y la palabra escrita ahí condensando un pensamiento, condensándonos a nosotros mismos como pensamiento. Aprender a leer no es tarea fácil, tampoco lo es la tarea de escribir, en verdad creo que van de la mano, pensando que “leer” y “escribir” bien es pensar y del pensar siempre somos agentes, o sea que leer y escribir “bien” es pensar con la propia cabeza. Sin embargo debo agregar que escribir no se agota en plasmar en la palabra el pensamiento, también el habla puede ser un tipo de escritura en tanto se manifiesta como la exterioridad de una comprensión interna en cuanto al texto o autor en cuestión. Tal vez una expresión agradable para designar este tipo de escritura hablada sería “el discurso” o “lo discursivo de la palabra”, la palabra cuando comienza a ser una enredadera, cuando empieza a cobrar un sentido “vivo”. La escritura arrojada y yecta a la oralidad, a la voz, de manera tal que la escritura y el habla queden contaminadas la una de la otra, volviéndose el límite entre una y la otra un algo franqueable por donde pasa el sentido.

Sin embargo ahora nos ocupamos de los textos de comprensión y de producción, no del discurso. Con respecto a esto puedo decir lo que pienso y esto es que el leer y el escribir deberían conformar, en mi concepción, una unidad sintética, un dos-uno, distintos pero en unidad dialógica en la que se entremezcLen y transmuten ¿Qué se entremezcla y transmuta? el pensamiento del otro con el propio, y el pensamiento propio con el del otro. Así ya no hablamos “de”, no tomamos una actitud distante, un relato, sino que establecemos un vínculo con el texto, no hablamos “de” sino que hablamos *con* la voz del autor impresa, pero no muerta. El autor de este modo es nuestro interlocutor y la letra es su voz. La letra no debe ser un pez muerto que flota en un estanque, sino aquello que nos presenta al autor “en carne y hueso”, el autor vivo penetrando en nuestra mente, trabajando nuestra mente. La palabra del

autor es su identidad hecha verbo, una orquesta para nuestra mente. Deberíamos dejar que la palabra leída resuene en nuestro interior y el sentido germine allí. Y así también deberíamos dejar que en la plasmación del sentido en el grafema haya una voz, la nuestra y que haya un gesto. La escritura y la lectura deberían ser preformativas, integrales, deberían estar vivas, deberíamos amar a ambas con toda nuestra mente para que el sentido pueda diseminarse en múltiples direcciones y así crezcan plantas diversas que configuren distintos niveles de análisis.

Uno de los sentidos que quiero rescatar como estudiante y que, creo que es “necesario” para atravesar este tránsito lento de la carrera, porque, y debo seguir poniéndome por caso –no quiero nombrar a nadie- es que la carrera de rápida no tiene nada. Más que carrera parece un deambular errante, al menos en mi caso. Sin embargo no me molesta, sólo que por momentos se hace cuesta arriba pensar en “lo que falta” y el fantasma de la “deuda de los finales” por momentos debo confesar que me aterra como un “cuco”. Además se suma el hecho de tener que contestar la pregunta que nos hacen siempre y la que, lamentablemente nosotros también nos la hacemos a nosotros mismos y yo digo que nos debería avergonzar un poco si quiera. La pregunta es “¿Y a vos cuánto te falta para terminar la carrera?”, o su variante, para los que no estudian aquí es “¿Y por qué año estás?” y, no olvidemos a “¿Y eso para qué sirve?” y la peor: “¿De qué vas a trabajar?” Esas son preguntas incorrectísimas a mi modo de ver y tomando lo que estábamos diciendo antes: refuerzan esta idea de pensar que estudiamos un objeto, que tenemos “una” meta determinada en este esfuerzo que nos constituye como estudiantes. Para agregar males esta meta si se deja como la única, como lo único que perseguimos, lo designado en cada pregunta (el terminar, el año actual de cursada, el servir y el servir funcionalmente) si es el único motivo con el que se estudia, la concreción de estos fines, es mediocre nuestro motivo, ¡mediocre en extremo!; nuestra meta no puede ser “terminar la carrera” ¿Qué importa terminar la carrera?, lo que hay que preguntar a mi entender es “¿Cuánto te falta para empezar a pensar por vos mismo?”, o “¿Cuánto te falta para ser filósofo?”, “¿cuánto te falta para que la filosofía sea tu posibilidad más propia, tan propia que no puedas distinguirla, que esté allí ilocalizable pero presente, la actividad que te distingue, que te hace ser en la determinación de la existencia, con la que empuñas tu palabra y te vales por vos mismo?”, “¿te falta para eso?” y no sólo para eso, sino que esa interioridad, esa apropiación de la posibilidad más propia tenga un correlato en lo que respecta a la independencia monetaria, “¿cuánto te falta para estar inmerso en una malla tal que la existencia se brinde más que como un “esfuerzo” como una forma de ser?” (esta pregunta no se equipara con su hermana gemela y maldita “¿De qué vas a trabajar?” puesto que en ésta el

desprecio ya pudrió la vida). Si pensamos que la filosofía es la determinación óptica de nuestro existir, aquello que nos hace ser, aquello que debemos ser porque no hay optimización mejor, se podrá ser otra cosa, pero si es filósofo no se lo deja de ser nunca, a mi juicio, entonces las preguntas que nos hacen siempre merecen repensarse un poco. Y sí, es un hecho obvio que soy una esencialista que cree en el destino, que estamos destinados a ser algo determinado y no otra cosa, o a ser cosas distintas de “parte a parte”, pero ese principio ni me molesto en extender. Si se me dice algo, que es muy cierto: para las preguntas que reformulaste hace falta el haber terminado de estudiar la carrera, contesto que es verdad pero la idea de que la meta sea únicamente objetiva me enoja, y en un momento ya no de “infancia insolente” como ahora sino de una “infancia temerosa” previa han llegado a descentrarme fuertemente. Y atendiendo a esta idea “reglamentaria”, de tener que cumplir con reglas “para”, podemos seguir indagando en el enfrentamiento, con los encuentros o encontronazos que tenemos con el texto.

Habría que decir que muy a menudo ponerse de frente al texto es como enfrentarse con un monolito, es como estar descalzo atravesando un desierto interminable. Muchas veces el texto es un desierto abrasivo que nos quema los ojos, es el tedio; la palabra impresa ya no es la voz, sino una pestilencia que nos niega. ¡La letra muerta! El texto como un espejo que nos muestra la soledad más estúpida, un sin sentido, un tedio absoluto. A veces el texto se presenta como una cadena de plomo que nos encadena a su frialdad y no podemos hacer nada. Verdaderamente el texto es una experiencia de la muerte. Pero la muerte presentada como tedio en esta instancia, como aquello que nos interpela en su tosquedad monolítica. Por tanto hay que hacer algo y ¡urgente!, ¡que nos urja hacer algo!, ¿cómo hacer para no morir en esta peregrinación del sentido?, ¿qué paño frío podemos ponerle al tedio, al texto mismo para avivarlo?, ¡hay que golpearlo para ver si está vivo! Bueno, ¿de qué modo lo golpeamos a ver si reacciona?, lo sacudimos un poco para ver si se mezclan las letras y generan algo más interesante que enfrentarnos con una unidad homogénea e impenetrable, un fuerte “fuerte” con el que no tenemos armas para el combate, ni soldados, estamos solos y despojados de toda defensa, pero queriendo entrar, “esforzándonos por comprender”. Hay que decir que esta situación de estar frente a la misma hoja unas cuantas horas que parecen dimensionarse en una depresión en el camino, en una baja de tensión, es una experiencia digna de atención. Mi propuesta es tener una actitud lúdica, tratar de “divertirse” y me gusta esta palabra porque me genera la idea de “diversidad” que traté de conectar etimológicamente por lo parecido de sus raíces, pero aparentemente no tienen que ver. A pesar de ello me parece que en la

diversión se ofrece una pluralidad, una diversidad en la cual podemos empezar nosotros también a interactuar con el texto en este caso. Esa unidad monolítica comienza a quebrarse, ¡eh!, encontramos una nota distinta allí, luego otra más allá y así de a poco el sentido empieza a cobrar un sentido más ameno, más amigable, sonriente. Yo creo que no hay que desmerecer el poder del entretenimiento, sólo hay que sofisticarlo, volverlo perfectible.

Con respecto a esto me gustaría decir que el entretenimiento requiere que nos arriesguemos, pensar el riesgo a través del entretenimiento es un riesgo a mi entender ameno. Y ¿en qué sentido sería un riesgo el entretenimiento? Bueno para empezar, es bien sabido que en cuestiones académicas priman las caras largas, entonces tomar una actitud de mantenerse entretenido no es recomendable, es más es irrecomendable. Es ser insolente, es querer insertarse por fuera de la regla en tanto la increpamos con nuestras mordidas de perros. Sin embargo no debe entenderse “estar fuera de la regla” como “en contra” de la regla; a mi entender “estar fuera de la regla” es “interpretar la regla” y, en tanto interpretación la regla pierde esa linealidad, la regla así deja de ser una imposición y empieza a ser la materialidad disponible con la que estamos constreñidos a relacionarnos. La imposición ya no es de la regla, más bien es de la relación, pero allí existe una apertura, un dinamismo y una agencia que nos competen de manera directa.

Para finalizar, me gustaría retomar por el principio en cuanto a lo descarado de esta tarea que pretende pretender sin pretensión, pretende pretender sin ser pretenciosa. Este comienzo y este final descarados que no pretende decir nada me llevan a un texto de Blanchot, “El libro por venir”, en donde el autor dice:

[...] el deseo de no pretender nada y de no concluir nada, bastarían para convertir a muchas novelas en libros intachables y al género novelesco en el más simpático de todos, el que, a fuerza de discreción y alegre nulidad, se dio a la tarea de borrar lo que otros degradan llamándole lo esencial. Su canto profundo es el del entretenimiento. Cambiar de rumbo incesantemente, ir como a ciegas para huir de toda finalidad, por un movimiento de inquietud que se transforma en distracción feliz [...] hacer del tiempo humano un juego y del juego una ocupación libre, desprovista de todo interés inmediato y de toda utilidad, esencialmente superficial y, sin embargo capaz de absorber todo el ser en este movimiento de superficie no es poca cosa en verdad.¹

¹ Blanchot, Maurice (1969). El libro que vendrá. Caracas. Monte Ávila Editores.

No es poca cosa en verdad, permitirse la actitud lúdica en el texto, chapucear con las palabras a ver cómo resuenan, a ver si nos gustan, si revelan una interioridad y de qué manera, en qué grado, ¿son transparentes?, ¿queremos que lo sean? Nuestro interior, una cámara oscura, la palabra, la foto en la que plasmamos nuestro sentir y pensar. La exterioridad de nuestra interioridad, la interioridad arrojándose a la palabra para transformarla en su propia voz. Nosotros como estudiantes que somos debemos saberlo. Hasta hace poco tiempo la imposición de la escritura en alguna instancia evaluativa se me presentaba más que como la pileta de una quinta en un día soleado, un gélido océano, extraño, turbio, oscuro. Un otro de mí distante, judicativo, como la pretensión de un extraño que nos interroga sin inteligencia, como un diseccionador del sentido, un taxidermista que pretende embalsamar sin mezclarse, sin ponerse a sí mismo en aquello que interroga. Hoy, debo confesar que la filosofía se presenta en nombre propio, en primera persona. Y eso, a pesar de las marchas y contramarchas, de los atascos, de las tierras poco fértiles que podamos encontrar, me hace feliz porque siento que la que conduce el auto en esta carrera soy yo misma, con mis primeras síntesis monstruosas, con mis sentidos fragmentados, con mi escritura de infante, aun así, reconocirme como una infante filósofa me gusta y, espero algún día llegar a ser adulta, pero no perder el regocijo y secarme como una pasa de uva, como un papel secante impregnado de palabras muertas que también está muerto y que lo que dice son palabras huecas y putrefactas. Si eso llegara a pasarme la determinación óptica de mi existencia ya no sería la filosofía.

Bueno, me voy sin concluir nada, tal como lo dice nuestro amigo Blanchot. Muchas gracias a todos por escucharme.